

JOSE DE JESUS MARTINEZ

LA ESTRELLA

DE LA TARDE

(y otros poemas)

MEXICO, 1950

LA ESTRELLA DE LA TARDE

(y otros poemas)

JOSE DE JESUS MARTINEZ

LA ESTRELLA

DE LA TARDE

(y otros poemas)

MEXICO, 1950

A mi mamá y papá

LAMENTACIONES

I

YO ME velo a mí mismo como a un muerto;
velo el cadáver de mis horas idas
sepultadas en huecos, en heridas,
que hasta en mi corazón el tiempo ha abierto.

Allí se duerme el día más despierto,
y se duermen también todas mis vidas:
la de ayer, ante-ayer . . . vidas queridas
que cada vez me pueblan más desierto.

Llenan mi corazón y lo hacen frío,
y como cementerio hacen callado,
mis cadáveres diarios y mi olvido;

y lo hacen como cementerio umbrío
donde hasta Cristo se halla sepultado
entre el recuerdo y niños que yo he sido.

II

ARDIENDO el día feroz me hace pedazos
con viento, sol, y su zapato duro;
y me mata, y derrumba como un muro,
a fuego lento, a duros manotazos;

y en el atardecer, ecos de pasos
son sepultados en olvido oscuro;
y me voy, y se va en pulso seguro
lo que fué roto a furia, a amor, y a hachazos.

La noche llega con mordaz desvelo
y recuerdos de sangre casi secos
que hay en mi corazón, que hay en el cielo;

y ante mis niños muertos y mis huecos,
adentro de mi corazón, me velo
en un silencio de diluídos ecos.

III

ME HA carcomido el cuerpo el llanto frío
y me derrumbo, y tiemblo, y desbarato,
bajo el pulso del tiempo y su zapato,
sobre el temblor sexual o miedo umbrío.

A cada amor, temor o desvarío,
a cada hora, paso, a cada rato,
me derrumbo hasta el alma que la mato:
tanto es el peso de este cuerpo mío.

Tanto es lo malo, y es tan poco el bien,
que el mundo se me cae, enclenque y roto,
sobre el alma, rompiéndola también.

Mis huesos con el mundo en alboroto
se me derrumban sin tener sostén
para este miedo, duda y terremoto.

IV

VEINTE y cuatro colmillos tiene el día
que con sus horas y feroz manera
me muerde como perro, como fiera
de carne hambrienta y de la vida mía.

Cada minuto es leña seca y fría
que me apresura al corazón-hoguera
para que salte en su veloz carrera
hacia la sorda campanada umbría.

¡Ay, bestia mía, corazón hambriento,
digeriendo en mis venas lo que tragas
con sed de sol, meridional, sangriento!

Se apaga el día, y con el día apagas
también tu sed; entonces es que siento
por fuera heridas, por adentro llagas.

V

Todo mi cuerpo me odia y me reclama
y me quiere botar del cuarto aciago
cuya renta con lágrimas la pago
y que mi corazón habita y ama.

Sólo en mi pecho puede arder su llama
con la cual ardo y con la cual me apago,
sólo en mi pecho, en tan total estrago,
que —no de orgullo— de dolor se inflama.

Sólo en la oscuridad, sólo en un clima
tenaz, como el del pecho, y tan sangriento,
habita el corazón, que aunque lastima,

que aunque feroz consume, arde violento,
todo cuanto inocente se le arrima,
es la única vida su tormento.

ANGELES DE TIERRA

I

EL VIENTO me circunda y me diluye,
y me evapora de mi vaso-arcilla;
corro a mi corazón . . . y me martilla,
y me empuja de adentro, y me destruye.

Nado contra mi sangre que me fluye,
que me arrastra, destroza y acuchilla,
y cada vez más muerta y amarilla,
y cada vez más lejos, se me huye.

Potros huyendo con un pulso-pasos
siento sobre mi cuerpo, ya deshecho,
y por mi vida huyendo, hecho pedazos.

—Mantén mi vida adentro de mi pecho
aprisionándola entre tus abrazos:
quiero ser cárcel de tus brazos hecho.

II

CUANDO antes te deseaba era una nota
trayendo cosas leves del ensueño,
tanto, que hasta el mirar era un empeño
igual que del que arroja una pelota.

Trayendo cosas leves del ensueño
que ahora el corazón duro las bota,
y entre mis manos y esperanza rota
se me va lo que vino por el sueño.

Que ahora el corazón duro las bota
en el pulso al compás de mis gemidos
que al ir saliendo el corazón azota.

En el pulso al compás de mis gemidos
que al ir saliendo el corazón azota
se arrastra la ilusión por mis latidos.

III

YO TE mandé los pensamientos míos
por que murieran desde ti más puros;
mis venas, como dedos muy seguros,
te señalaron como al mar los ríos.

¡Del mar a nubes cada vez más píos,
luego en lluvia a mis campos tan oscuros . . .
¿Qué fué lo que encontraron que están du-
[ros?
¿Y por qué —en nieve— se regresan fríos?

Te amé para irme en nube de tu amor
por regresar amor hasta mi pecho
para resucitar, y estoy muriendo.

Te amé por fecundarme en lo interior . . .
pero mira lo fértil que me has hecho,
que ya hasta el pelo se me está cayendo.

IV

LLUEVE en mi corazón lágrimas duras
como en una ciudad deshabitada,
en la que entre la sombra reposada
sin paz me ronda tu recuerdo a oscuras:

por mis venas amargamente impuras
camina tu recuerdo hacia la nada:
y oigo mi pulso igual a su pisada:
en algo hueco, como sepulturas.

Procuro otros recuerdos de que asirme
sobre este mar de luz, de esta razón,
donde entre pulso y tiempo y olas peno;

mas has de irte al fin, y he de morirme,
y he de caerme ahogado al corazón
que está de sombras y de ausencia lleno.

DESESPERADO INSOMNIO

"Y mide mi corazón la noche"

Job 7.4.

HAY VECES me da miedo cuando estoy acos-
[tado
sobre una cama o sobre balbuceantes recuer-
[dos
cerrar mis ojos como ya la última esperanza
y caer por un hueco que es un recuerdo an-
[tiguu,
porque la cama es un gran mar de recuerdos,
porque un recuerdo es un espejo o un hueco.

Cerrar los ojos o acordarme da lo mismo:
es irme del presente regresando un camino,
caerme en un camino vertical
que dejé de escalar solamente esta tarde.

Y es un pensar que puedo caer en no sé dónde
pues a través del turbio espejo [de,
poco a poco se queda la memoria
por el camino, entre las flores de la infancia,
[y olvidada.

También sucede que el impulso de esta al-
puede lanzarme más allá [tura
del día originario de mi vida,
y más allá del ayer es la muerte completa
del que no sabe nada, del dormido por siem-
[pre
donde caen las piedras que en sueños derri-
[bamos,
donde padece el caballo que en sueños perse-
[guimos:
y estaría más muerto que un no nacido nun-
[ca.

Las manos son inútiles, porque éstas se me
[caen,
y en vano son los gritos, porque éstos se des-
[prenden;

sólo es con la mirada que puedo mantenerme a flote, sobre el cuerpo, mirando alguna cosa.

Igual que garfios férreos, la mirada
la engancho en algo que en mi cuarto vea;
del techo, de los clavos, o cualquier otra cosa,
¡tan fijamente tengo que quedarme mirán-
[dola!
para que mi mirada fuertemente se coja,
y evitar el hundirme para siempre hasta el
[fondo
como un barco en mi sangre navegando
deshecho por mi pulso que son olas gigantes,
y al fin se hunde, cediendo
a las tormentas de mi corazón.

Por eso necesito ser siempre un extranjero,
no tener nunca nada que sea de mi vida,
que si un día mis ojos a algo mío se asieran,
en forma de recuerdo, conmigo caería.
Parecido es el caso del que intenta subir
queriendo alzar sus piernas con sus manos;
y si sintiera el vértigo terrible

de un abismo de años bajo él,
sería igual a mí, que tengo mucho sueño.

Así como un dormido dentro del mar ca-
[yendo
que de pronto despierta desesperado y loco
y procura una tabla, cuando me vence el
y cierro por descuido mis dos ojos, [sueño
así también despierto desesperadamente
hasta la superficie de mi altísima cama.

Ya ahora me comprenden lo que es el sentir
y no querer dormir por no morir, [sueño
la importancia vital de las cosas no nuestras,
y la gran agonía del que tiene
la mirada ya curva de tanto cansancio;
lo que es el recoger desesperadamente
desde los pies la fuerza, y enderezar la vista,
y sostenerse a flote por un poquito más,
desesperadamente, por un poquito más.

LA BUSQUEDA

ESE SER tan enfermo que se asoma
por mis ojos que ven jugar a niños,
—y mi rostro es espejo de sus risas,
aunque un espejo lento que apenas se son-
¿quién va a ser sino Dios, [ríe—,
que por los corredores de mi cuerpo
se atreve apenas a sentir la luz,
lleno de miedo y de prejuicios tímidos,
igual que un débil deshauciado enfermo?

Cuando ante un cuerpo de mujer de espuma,
hecha de espuma cuando más deseada,
¿quién a mis dedos quema y enloquece
tratando de agarrar lo inasequible?
¿Quién me da esa hambre o sed salada
de masticar furioso sus mandíbulas
hasta carbonizarla?

¿Quién sino un monstruo, un ángel negro,
un Dios impuro por pecados viejos,
refugiado en mi pecho?

Cuantas veces de noche me despiertan
unos gemidos tristes de alma en pena,
de desterrado ángel, de moribundo Dios,
que a pesar de su estado agonizante
aun ama con la espada original;
y ahora gime su muerte pequeñísima
adentro de mi pecho.

Abro los ojos,
prendo todas las luces . . .
y en vano, se me escapa,
porque sabe que sé ciertas palabras
completamente humanas.

Aunque es verdad que adentro soy abismos,
estoy seguro que él está muy cerca,
porque desaparecen apenas me levanto
esos gemidos grises de ceniza y dolor.
Pero un afán, una venganza antigua,
hacia él me empuja corazón en mano:

cierro los ojos como dos ventanas,
y como un criminal, tan en silencio,
todas las luces de mi cuarto apago,
donde, como en mi pecho,
solo, con Dios, me quedo inmóvil
acechando su ruido.

En tanta oscuridad y ya cansado
de esperar, de querer oír su música,
me pongo a recorrer todos mis túneles
palpando piedras y recuerdos ya olvidados,
apenas murmurando su nombre dolorido,
ya ahora con vergüenza, con amor,
rezándole, rogándole,
que no le iré a hacer daño,
que en tan profundo en mí, que en tan os-
como a un hermano lo amo. [curo,
Llego hasta lejos pero no lo encuentro.
Llego hasta ahí donde el recuerdo inerte
con su mudez [advierde
que un paso más sería muerte.

Abro los ojos de regreso ya
al alba que ha venido despertando
a máquinas y gentes y luces y colores
y a ángulos plegados que se abren lenta-
[mente;
y como me parece —¡Oh, furia!—
en la primera estrella que se fué
haber visto a mi Dios que temblaba de risa
y yéndose a morir lejos de mí
entre teoremas de difícil comprensión;
como parece que se esconde por las voces
entretejidas del mercado,
detrás de una recién cerrada puerta,
tan bruscamente, apenas la presiento;
en los pasos que oigo y que se alejan
desde detrás del cuerpo en el espejo,
idéntico al recuerdo de mi cuerpo,
cuando lo busco fijamente en mis dos ojos;
y como necesito, para morirme bien,
igual que archivo o testimonio exacto,
justificando en algo mi existencia
y disculpando al niño mis maneras,
hacerle una pregunta,

camino por las calles de ciudades
tocando puertas, preguntando nombres,
buscándolo detrás de besos, tapias,
ruidos, ventanas, crímenes,
por un camino largo que es la historia
mía y de todos mis hermanos.

YO AMBICIONO . . .

YO AMBICIONO pararme sobre un desierto
[extenso
que como blanco escudo, que como fuerte
[pecho,
es puesto frente al sol en actitud valiente,
protegiendo a los débiles del torrente de vida
que de continuo a nuestro mundo nutre.

Pues no creo las flores aguanten lo que un
o más aún: un hombre. [tigre,
Los rayos que nos llueven no tienen compa-
[sión,
ni saben que las flores habitan en la infancia,
las bestias en el odio, y el hombre
adentro de su propio corazón.
Por eso debe haber un filtro que separe los
así como un cartero, [mensajes,

que dé al hombre su angustia,
y a las flores su aroma.

Qué triste debe ser un hombre en forma de
sentir hormigas sin poder moverse; [árbol:
o qué triste sería el mismo error
si le dieran a un árbol el deseo de un hombre,
cuyo destino es caminar.

A mí me gustaría ser fértil como el árbol,
cuyas hojas son labios para besar al viento,
[agradeciéndole;
feroz, como la bestia derrumbándose
con sus espadas en inmensa ola
que choca en su prudencia como la ola en
y con idéntico sonido ruge: [la piedra,
que es un mar de colmillos en prudencia de
[piedra
para evitar el desemboque en furia;
me gustaría ser el pájaro que vuela
con plumas musicales y cantos de colores
que se disuelve en el crepúsculo una tarde
o que —por leve— lo respira el viento;

pero ante todo quiero amar,
y pues como sucede que el amor es morado,
quiero seguir siendo hombre, así tan triste.

Por eso es que ambiciono treparme sobre el
[filtro
para tapar al mundo con mi sombra
y abrir al infinito mis dos brazos
igual que las dos piernas de lúbrica mujer.

Las pasiones de guerras y tormentas
como látigos de odio desatados,
la furia seca de asesinos sedientísimos,
el amor de los niños, de lastimados pájaros,
las banderas de todos los colores,
las aleluyas, del gusano
cuando le dicen que va a ser ya mariposa,
el mensaje en secreto que la lluvia
a la semilla trae con voz húmeda,
toda forma de vida que nos llega,
todo, me caería
como un golpe terrible hecho de luz
en mi pecho.

¡Sí, en mi pecho como un vientre!
Quizás entonces con dolor de parto
pueda mi boca dar a luz una palabra,
una verdad, una palabra hermosa,
tan voluptuosamente dolorosa
como un “¡ay!” que con sangre entre sus
de la boca se cae hasta los pies. [ángulos

Mientras tanto que el mundo privado de su
[fuente,
igual que lámpara sin gas, se apagaría.
¿Quién puede imaginarse la historia sin las
[guerras,
los hijos sin amor, las flores sin aroma,
o al hombre sin deseo?
“¡Ay!”, ¡no!, como una lámpara sin gas
se apagaría el mundo.

Mas a pesar de todo mi ambición es ésta,
porque trepado sobre el filtro-escudo,
porque si recibiera toda la vida yo
sobre mi pecho, entre mis brazos,

nada más con ponerme de puntillas y levantan-
[tar mi mano
después de respirar profundamente,
bien podría a mi gusto
agarrar del pescuezo al Dios culpable
de esta sed vengadora por no sé qué delito.
Y eso sería delicioso
como estrujar una naranja,
como morder una manzana,
o como pronunciar una verdad
mostrando al hijo solamente nuestro.

Sería delicioso,
aunque también fatal,
pues al sumar también su esencia
me mataría el golpe.

Pero es mejor que explique las dos últimas
[líneas.
Cuando yo digo Dios no digo esencia,
pues Dios es esperanza que se alimenta de la
[esencia,

y —cosa que no entiendo, siendo Dios espe-
[ranza—,
ser en él significa el asumir responsabilidad
[de todo y siempre,
como de cosas que ocurrieron en Europa
hace unos cuantos años.
Por eso es que me atrevo a decir que un gol-
[pe tal
mataría a cualquiera con sólo la vergüenza.

—¿...?

¿La esencia?

A la esencia la imagino
como un aire en el cielo, que viene, que se va,
aspirado, espirado,
que baja, luego sube,
y luego se regresa
poblado de deseos,
y luego de recuerdos.
Son tantos los deseos, tan duros los recuer-
que un golpe tal también podría [dos,
matar hasta al más fuerte.

Un silencio poblado de ruidos estridentes
sin orejas o muros donde morirse en ecos,
unos colores, unas luces, sin ojos, sin espejos,
donde grabar las cosas en imágenes
que se van al recuerdo cada vez más oscuras,
los odios, los amores, los deseos,
todas las formas de la vida,
vagarían buscando inútilmente
por los siglos y siglos de los siglos,
al hombre como cauce,
como eslabón al mundo,
como vestido a una existencia sanguinaria,
—la única existencia que conozco—.

FABULA DEL AMOR ARREPENTIDO

(El Pez)

“Nuestras vidas son los ríos
que van a dar en la mar,
que es el morir”

Jorge Manrique

CERCA al río, en el aire y en los vientos,
un hombre fatigado abre su frente,
y dejando caer sus pensamientos,
sin fuerza se los lleva la corriente.

Un pez turbio agoniza entre sus manos,
y ve, ¡tan tristemente!,
que fué hacer carne de gusanos
el evitar que en nube se convirtiera el beso
de un chorrillo escondido de su fuente.

—¡Que no lo sepa Dios!— Y el embeleso
de tanto amor le hizo prometer
en juramento distraído
rescatarle su beso
que lleno de pureza aunque prohibido
nadaba hacia el olvido del ayer.

Más de prisa que el tiempo, a cuatro auroras
por cada salto apresurado,
llegó hasta ahí en donde fué la hora
cuando por una boca que le hablaba
fué provocado.

Llegó hasta ahí en donde no llegaba
su beso en dirección del infinito cielo,
y por pescar su amor tiró un anzuelo
que atraía con luces todo amor que pasaba,
pues las luces hostigan al deseo-desvelo,
y a su amor sobre todo que tendría ese sueño
que a las vírgenes puras el deseo robaba.

Y lo tentó con carne de su dueño
poniendo en el anzuelo

un trozo dulce de su corazón,
y sintió que hacia el cielo
se lo jalaba un pez;
mas —¡Oh, desilusión!—,
que el corazón debe quedarse sobre el suelo.

.....

El tiempo ya ha pasado, y a su vez
al hombre pensativo la mujer ha llegado,
y al preguntarle ansiosa del amor escapado,
el hombre agarra el pez
y lo arroja a sus pies.

(Cerca del Río-tiempo apresurado
que a todo lo diluye en su corriente,
a no ser por el cuerpo que es dejado
atrás, junto a la fuente
de quien el agua sale y sube
a convertirse en nube;
igual que los recuerdos por la frente
evaporándose y rompiendo su prisión
hacia el olvido van desde la mente;
así también como un amor que descartado,

en latidos, y desde el corazón,
con todo se nos mezcla, y en el Río
del tiempo alado
se va perdiendo hacia el vacío.

Cerca del Río-tiempo apresurado).

MORALEJA PARA LA FABULA DEL AMOR ARREPENTIDO

QUIEN besa el agua fugitiva y fría
que de la fuente-corazón empieza
besa al cielo además, y también besa
al tiempo que al instante perseguía:

deseo es que entre labios recorría
del dulce corazón a la aspereza
del cuerpo, que nos hace de represa
—si hay odio— a eso que en amor huía.

Amar, entonces, es morirse puro;
que los amantes hacen las estrellas
si no deciden regresarse en lluvia

para regar el campo tan oscuro
que sembraron de hijos con sus huellas,
o de trigo, y hacer la noche rubia.

FABULA DEL AMOR MUERTO

(La Paloma)

"Si a tu ventana llega una paloma
trátala con cariño que es mi persona".

Canción popular

EL CUARTO a media luz era alumbrado
por dos cirios que ardían en sus ojos.
—Vengo de lejos —me decía grave,
—del valle de la sombra reposada
y paz abierta como brazos infinitos.
Del valle del silencio adormecido
como sobre una cama hecha de trigo,
con su celoso olvido hecho de piedra,
y su pequeño viento entre las piernas.
Ya ahora soy la amada de tu eco
que vive siempre en mis faldas y manos;
lo que oyes tú es el ayer que el aire se abre a
[recibir,

y el postrer hilo de tu grito en vida
es como un barco que valiente se hunde.
¡Qué fácil es morir mientras se vive!

—Si casi nunca hablo —dije.

—La frente le hace al pensamiento eco.

—Si es así tú me estás matando poco a poco,
llevándote mi vida de eco en eco.

—El cuerpo es como un saco repleto de so-
morirse lleno de ellos es tragedia. [nidos:
Pero, ya no hables tanto que morirás más
[pronto.

—Entonces dí, ¿por qué has venido?

Y dijo entonces:

—Un pensamiento, una caricia, un gesto,
un no sé qué se me fué del pecho,
y ha querido meterse en ese pecho

cuyas manos (las tuyas) en la vida
acariciaron suave su cuello hecho de pluma
en mis dos senos níveos. [y terciopelo

Escapó; se me fué rebelde, alada,
en forma de paloma.

¡Ay!, mírala ahí, muerta de cansancio
en aquella ventana.

Pero no, no la toques, que está llena
de una sombra que tú aun no conoces,
y es triste inmensamente y doloroso
un saquito de muerte y de silencio.

Despertará la noche al irme yo
con su perenne insomnio de espirales;
y me voy, porque un dedo me señala,
y me espera una parte de ti, muerta.

Me llevo la paloma.

No te muevas.

Me voy.

Adiós, amor, hasta la muerte.

.....

No me atreví ni a abrir los ojos por no ha-
[cer ruido,

y era así como un vaso de palabras
que se empezaban a agitar nerviosas:
pues tantas cosas hay que no le dije.

Quise irme por los ojos
mirando su recuerdo fijamente,
pero no pude: ella se iba.

Ya ahora se agitaban las palabras
igual que avispas molestadas
que me picaban todo el cuerpo desde
[adentro.

Y quise entonces dar un grito
que llegara a escupir fuera mi voz
y garganta:
quedar como un saco vacío
para irme en vida y perseguirla
como a luz en un sueño,
como un lebel, como un amor,
como un último eco,
detrás de las montañas,
hacia la muerte.

Pero un gemido fué lo más profundo,
lo más humano,
y, no me oyó.

SONETOS
DE LA MUERTE

I

MUERTE IMPOSIBLE

COMO es preciso en el postrer momento
el tener la memoria muy callada,
y casi, en viento de esperanza, alada,
para que la disuelva el negro viento;

como es preciso el olvidarse, y lento
ser en el Todo sin saber ya nada,
devolviendo la vida cual prestada:
sin fechas, sin recuerdo o pensamiento;

¿cómo es posible entonces nuestra alianza?
¿cómo puedo entregar una conciencia
cuyo peso hace torpe hasta mi andar?

¿cómo puede volar sin esperanza,
habiendo hecho de su propia esencia
cosas que no se pueden olvidar?

II

MUERTE LOGRADA

LOABLE es el gusano que libera
a la vida en los muertos encerrada,
y aunque sea en hedor, la hace alada
como el aroma de la primavera.

En el aire se mezcla todo afuera,
y con la Flor nuestra hediondez mezclada
sube a la esencia, pura. Cuando enviada
otra vez, es como si nunca fuera.

Esto explica el porqué los niños son
cosas puras que huelen como flores
y que tienen muy blancas sus dos manos;

que bajamos con limpio corazón
después del desengaño y de dolores
por virtud de las flores y gusanos.

III

MUERTE CONSTANTE

"Y se me van las ansias en los brazos".

Miguel Hernández.

CUANDO se queda el corazón vacío
lanzando inmensos ecos los latidos
que arrastran el calor de mis sentidos
como a las hojas las arrastra el río;

cuando sólo me falta un desvarío
para diluirme en mis recuerdos idos,
porque hasta en las estrellas oigo ruidos,
y hasta en mi corazón me siento frío;

entonces, suplicando por más vida,
a donde diluyéndome me pierdo
alzo mis manos rotas en pedazos,

llenas de ansias por vida ya perdida;
¡mas se me va ese instante hacia el recuerdo!
¡“y se me van las ansias por los brazos”!

IV

MUERTE A MEDIAS

UNA INVASION de cruces o de hielo
subiendo por mi cuerpo lentamente
debe sentirse igual como se siente
este sentir mi vida alzar su vuelo;

este sentir morirme por el cielo
en recuerdos de hechos diariamente;
este sentir morirme, simplemente;
y este verme en estrellas desde el suelo.

Lo que a mi paso toco se me va,
se me escapa, se me huye, se me muero
en los días que apago como luces.

Por eso es que mi corazón está
de las cosas que tuve y las que espero:
mitad con luz, mitad con sombra y cruces.

V

VIENDO UNOS NIÑOS JUGAR A LA GUERRA

VEN A llorar conmigo, que ya el viento
siento que hediondo sale por mi boca,
y el actual gas de guerra no sofoca
como el hedor de nuestro propio aliento.

Ya ni la Flor, ni el arrepentimiento,
ni el filtro de conciencia, o piel de roca,
pueden, donde la vena desemboca,
purificar nuestro aire espeso y lento.

Así, pues, de la mar, la nueva vida
deshecha llega, llena del engaño,
por nuestro pulso, como el mar por olas;

y de la muerte entera, —igual que en la
[partida—,
sin la ilusión del infantil de antaño,
en los niños jugando con pistolas.

VI

EL AMOR Y LA MUERTE

PORQUE la humanidad aspira y bebe
lo que espiró a ser purificado . . .
mas va tan lleno el aire de pecado
que no puede con él la Flor tan leve;

por que no caiga en fría y dura nieve
sobre el campo de hijos ya sembrado . . .
hay que amar al subir evaporado,
vivir amando, que es como se debe.

Subir amando, pues así podremos
ser nube y luego lluvia, que es amor
para que crezca el hijo sano y fuerte.

Al ir saliendo, por lo tanto, ¡amemos!,
muriendo puros —que el amor es Flor—
en el viento espirado hacia la muerte.

SANTIAGO, VISTO DE NOCHE DESDE LOS ANDES

DE ESE gran baho de la bestia humana
estoy cansado. Ahora quiero irme
a caminar, a respirar un aire
aun no poblado de palabras grises.

¡Qué dichoso es el hombre de hoy que puede
subir alturas sin temer morirse!
pues su conciencia pesa por sus crímenes
y como un ancla lo sostiene al mundo.

Antaño sólo nos bastaba leve,
muy leve viento o atracción de Dios,
para hacernos subir al seno de la muerte.
(Es que antaño no había tantos recuerdos
[duros).
Y si entonces un hombre dormía bajo un
[roble,

el efluvio a la muerte de este árbol,
chupándole su vida por un bostezo descui-
lo mataba; [dado,
así tan leve era por dentro;
todo en el hombre era como niños
con muchas ganas de salir para jugar con
[las estrellas.

Hoy, sin embargo, la vergüenza
“como charco de culpa” le ha estancado su
poniéndole un tapón en la cabeza, [vida
igual que a una botella que está llena
de un líquido volátil: perfume, por ejemplo;
y es menester que los gusanos abran huecos
[muy profundos
para poder morirse enteramente.
Cuando su vida al fin convierte en aire al
de lo mucho rozarlo al ir saliendo [cuerpo
entonces, influenciada por el cuerpo asesino,
hiede,
y nos morimos en la triste condición de un
[pedo.

Pues bien, así, con mi conciencia hecha de
[plomo,
quiero irme a caminar, o saltar diez o vein-
[te veces,
y dejar solo al mundo que dé vueltas
y que por un momento pase sin mi cuerpo.
Yo quiero respirar un aire puro
donde nadie por asco de sí mismo
se haya suicidado estornudando.
Si digo que a los Andes es porque el aire
[en esa altura es fresco,
porque aun no coge forma de árbol, de
[plantas o de hombre,
porque es devenir todo.

—por ahí saldrá el “sol” en la mañana . . .
camina más arriba, está más puro . . .
no mires para atrás, todo es pasado . . .
más adelante, más . . . más adelan . . .

Vuelvo la vista y lo que veo no es
sino un camino largo, pedregoso,

que ya casi sin fuerza y arrastrándose
desde la sombra llega a la ciudad.
(Y hasta mis pies vendrá, como un destino,
dentro de diez o veinte años).

De más atrás de esa ciudad, de más atrás,
de más atrás de Cristo, de más atrás
de todo lo sabido o imaginado,
viene arrastrándose como un reptil,
y viene respirando el aire puro,
y siempre “despidiéndose” de cosas.

Y viene respirando el aire puro
que baja en frías ráfagas pasando por mi
[pecho,
cerca a mi corazón, como un aliento
lento y frío, o tal vez igual que un “río”.

Y viene “despidiéndose” de cosas,
pues la corriente que de arriba llega
hace un vacío por debajo,
y en proporción exacta
se queda sin las cosas que corren a ocuparlo,

(quiero decir, los muertos),
que corren a ocuparlo pasando entre los
[árboles
despeinando sus hojas y pudriendo sus frutos,
purificándose y peinándose,
sobre el camino, hasta mis pies, de nuevo
para ascender de nuevo y regresar. [puras,

He aquí, pues, que el hombre en veces es
y en otras mariposa; [gusano,
pero la humanidad siempre es reptil.

Al margen de su paso y su destino
me detengo. Yo sólo he caminado
por ver de lejos a Santiago,
para ver
sus luces apagarse lentamente.

Un amor mío morirá esta noche
como dentro de diez o veinte años;
como una luz se apagará de pronto,
como de pronto muere una ciudad.

Todo está allá:
mi madre a quien le gusta pasearse en auto-
[móvil,
mi padre que ambiciona no sé qué máquina
[de cueros,
y Silvia, que cual una campesina
dando flores, regala gonorreas.
Y luego mis hermanos;
mis hermanos a hormigas parecidos,
buscando una verdad . . .
unos agitan en sus manos a la Biblia,
otros el "Capital" de Carlos Marx . . .
los unos buscan enfermar los niños . . .
asesinarme quiere el otro bando . . .
¡cuesta trabajo amarte, hermano mío!

Las luces parpadean, y son ojos
lagrimeando amorosos por mi ausencia:
mi madre, ¡con qué amor!,
mi padre regañándome, que no soy respon-
[sable comparado al vecino,
varias mujeres grises mostrándome unos ni-
[ños,

todos, en una súplica de amor,
reclaman mi presencia de hijo amado.

Pero también hay otras cosas:
yo no puedo estar lejos de los médicos,
de mis hermanos, de mis padres,
pues me he enfermado de los pies, del cora-
[zón, y hasta del alma.

Y como yo los amo,
¡ay!, cabizbajo y triste debo regresarme
y vivir entre luces y campanas
y palabras y balas y colores
y banderas y ruidos estridentes
que caen a mis pies y se levantan
para hacerse en la "música del cosmos".

Dan ganas de quedarse y contemplar
la gran metamorfosis del sistema
hasta que me alcanzara el gran reptil
como dentro de diez o veinte años.

Mas unas voces dulces me reclaman,
y cabizbajo y triste debo regresarme
igual que si yo fuera un hijo pródigo
que hace un corto viaje
y regresa a morir con sus hermanos.

Quizás dentro de diez o veinte años
mezclado con la "turba" venga otra vez
[aquí,
y diré con nostalgia infinita:
—te lo dije hace tiempo, hermano mío.

Y seguiré la "turba" con su "anhelo de sol"
ya sin fuerza, arrastrándose, como un reptil
[cansado,
más adelante,
donde otra vez será mi turno
de perder otra vez esta memoria,
levantar mi tapón,
y otra vez convertirme en mariposa.

LA ESTRELLA DE LA TARDE

“Días de ayer que en procesión de olvido
lleváis a las estrellas mi tesoro”.

Miguel de Unamuno.

EN ESA lenta hora que precede
con prematuros leves pies
a un ataque de espuma —olas pequeñas—
que nos refresca levemente el pensamiento;
cuando el mar, que jamás ha sido abierto,
se prepara a evacuar los besos descartados
que sin recuerdo esperan en la arena,
por haber sido sólo un gesto, sólo
un deseo acudido vanamente . . .

en esa hora gris,
hay una extraña confusión de sombras
que en espirales rápidos y espesos
desde el pudor de Dios vienen bajando
para cubrir —¿de quién?— al noble mar,
que aquí quiere decir la muerte subconscien-
[te y silenciosa
mientras hay ruidos que la esconden.

Pero en el medio de esta furia negra
de indigestada congestión y musical,
se ve cruzar en rápida misión
La Estrella de la Tarde;
y llega antes que nada se oscurezca,
y recoge tempranos suspirillos.

Y yo la miro, y en su azul recuerdo,
igual que espejo de mis ojos, veo
los días deslizados silenciosos
de mi niñez y de mi amor primero.

Como la fiera que se acerca cautelosa
a un lago en donde reflejado ve su rostro,
me asomo a su recuerdo lentamente;
pero al verla tan pura habitando mis ojos,
veo que no hay nada que temer.

Yo era soldado, y ella se vestía
solamente de blanco y de celeste.
Ella está en su ventana, y cuando paso
me saluda, como hace tanto tiempo.
Algo debí pensar que es muy feliz

pues nunca me había visto tan hermoso.
También estaba equivocado
pues ella sí me ama, como fué
mi esperanza y deseo de aquel tiempo.

Entre las láminas que ahora cruzan
azules lentamente por la estrella,
hay una calle larga, y hay un campo,
desconocidos, de eso estoy seguro;
y la niña que aun amo todavía,
y el soldadito parecido a mí.

Esto lo digo
porque de pronto se me salen del recuerdo
por una oreja, en la palabra
jamás oída:

ellos dos, mano a mano, y caminando
recuerdo abajo, por la calle azul,
de mí se apartan como si ignorara
un viejo sueño oscuro de mi infancia.

—¡De esto sí no me acuerdo! ¿qué sucede?
—¡Yo nunca la besé! ¿por qué la besa?
—¡Yo nunca tuve esa expresión tan vil!
—¡Es necesario que lo sepa ella!
—¡Que no traicione su memoria limpia
con el falso impostor de mis deseos!
—¡Es preciso gritarle y que me escuche!
—¡¡Que no soy yo!!

—¡Oh, cómo urge sacudirse loco
a la noche que invade igual que animalitos!
—¡Esto no puede suceder bajo su amparo!
—¡La violará el canalla de seguro . . .

Pero ella está muy lejos.

A causa de mis gritos, de mi aliento o la
[noche,
(también quizás por una lágrima),
mi alto espejo se empieza ya a enturbiar,
y es en vano gritarle, y es en vano
porque un rumor de máquinas nocturnas
muy semejante al ruido del sistema del
[cuerpo

ahogan mi mensaje por el cielo,
por esa noche que ya viene, y que en lo
es igual a la noche del ayer. [oscuro
Entonces, y de golpe, es que comprendo
que el tal espejo son los ojos míos
igual que un cielo desde adentro visto
como desde mi nuca mis dos ojos,
que la brisa es mi aliento,
las estrellas recuerdos,
la luna, como un ojo, mi conciencia,
y las nubes parecen ser mi pardo cerebro.

—Oh atardecer que marchas al olvido
lentamente arrastrándote,
pues mala gente sueña y muere en forma de
[cuchillos,
por lo que te ha cortado el viento tus vein-
con las cuales te ví [te y cuatro alas
llegar volando alegre en la mañana . . .
atardecer que marchas al olvido
de los días pasados de mi infancia,
en él consuélame a la niña bien amada,
violada, golpeada y maltratada

por un intruso vil, por un deseo;
consuélala del llanto
y dale mis saludos.

¡Ay!, en mi corazón debe haber una playa
a donde desemboquen mis venas y sentidos,
a donde mueran olas que siento como pulsos;
y siento como vértigos
en las resacas de este mar de sangre.

Todo adentro era noche de recuerdos.
Todo afuera era noche, y en el cielo
brillaban miles de recuerdos viejos;
pues solamente aquél que fué el primero,
aquél, el turbio, el que creía puro,
se fué
como el recuerdo de un recuerdo.

.....

Me he confundido, deben perdonarme,
que no lo he hecho por hacer literatura,
sino que tantos huecos tiene el cuerpo
por donde nos salimos a la muerte

que aun no comprendo la razón por qué no
[somos transparentes:

la vida se nos sale por los dedos
en las cosas que hacemos diariamente;
y también se nos sale por la boca
botándola en palabras, que son ruidos.
En las cosas soñadas corremos con las som-
[bras.

perseguidas al alba por la luz,
y corren a la muerte las cosas que soñamos:
lo mismo nos sucede con oscuros deseos,
siendo luz la razón.

Por cada poro al trabajar
nos salimos en forma de sudor;
y por los pies al recorrer caminos;
y por el hueco de la novia amándola,
como en un río afluyente desviado de la
[muerte

entre dos suaves muslos-riberas de mujer.
Con nada más amar de lejos nos morimos,
porque es abrir el corazón querer.
Cada sentido es un pequeño hueco

por donde desembocan nuestras venas
en el aire que el viento esparcirá
así como los ríos en la mar.
Cada sentido es un pequeño río
por donde se nos sale nuestra vida,
diluyéndonos todo poco a poco
con la pequeña historia de nuestros hechos
[diariamente
hacia la historia de la raza humana,
que es hacia el aire en nuestro aliento,
que es hacia el cielo en los recuerdos . . .
vamos, en fin, hacia la muerte
"como ésa de un granito de sal en el océano".

Igual que el aire nos rodea la muerte.
Y esto tampoco es literatura;
porque querer asir la vida es hacer algo,
rogar por más es más morir en ruidos
poblando el aire que respira el viento.
El aire es cementerio de la historia,
y el cementerio de la historia es nuestro am-
[biente:
aire que al par de darnos nacimiento oscuro

por nuestro aliento al corazón sediento
lo deshabita respirando inversamente.
Esto explica por qué cuando corremos
(ya sea hacia delante, que es lo más común,
o hacia atrás, a la muerte del niño no na-
por qué cuando corremos [cido),
por el camino de la vida respiramos más
[ligero;
y aunque los pies estén inmóviles el corazón
[camina.

¡Si somos tanto hueco, tanta ausencia,
que hay veces ni tocarme puedo con las ma-
[nos!

Y si aun más, abrimos nuestro pecho
frente al abismo de la noche,
Sentimos los latidos que se van
con recuerdos, con tiempo, con deseos,
con pensamientos, con presentimientos . . .
pero, en una palabra:
con todo que atraviesa nuestro cuerpo;
y pulso a pulso se nos va perdiendo

como olas ya de vuelta
al abierto horizonte,
como ecos de algún ruido
por el aire infinito.
Entonces es el cuerpo una gran catedral,
la que en el medio de solemne misa
abre sus puertas a la noche:
los lentos misereres, la música del órgano,
la plegaria que pide alguna cosa,
(así como más días),
la plegaria que ruega se perdone
algún pecado viejo,
todo, se sale por la puerta,
y todo, de eco en eco se pierde poco a poco
diluyéndose siempre más y más
en el aire infinito,
¡y todo se confunde con la noche!

Yo sólo sé que así debí soñar alguna tarde
[lúbrica;
que así tan lejos van los días nuestros,
y con ellos la vida poco a poco,
de latido a latido, y gota a gota,

y minuto a minuto, y de eco en eco,
jalando a nuestro pulso los minutos,
secándonos de sangre gota a gota,
y caminando hacia la muerte
en esos ecos de los pasos nuestros,
y en los ecos también del corazón.

No es que nos traicionan los deseos
habitando el recuerdo del ayer,
es que todo allá arriba se nos junta
en la unidad celeste de los cielos
donde al fin nuestra sangre desemboca;

es que nos olvidamos
de esa parte en nosotros que ha salido,
de esa parte en nosotros que ya ha muerto,
como se nos olvidan las cosas de muy lejos;

y es que la muerte está tan lejos
como del corazón,
como del mar a las estrellas.

INDICE

LAMENTACIONES

I	9
II	10
III	11
IV	12
V	13

ANGELES DE TIERRA

I	15
II	16
III	17
IV	18

DESESPERADO INSOMNIO 19

LA BÚSQUEDA 23

YO AMBICIOSO 29

FÁBULA DEL AMOR ARREPENTIDO 37

MORALEJA PARA LA FÁBULA DEL AMOR ARRE- PENTIDO	41
FÁBULA DEL AMOR MUERTO	43

SONETOS DE LA MUERTE

I	51
II	53
III	55
IV	57
V	59
VI	61

SANTIAGO, VISTO DE NOCHE DESDE LOS ANDES .	63
LA ESTRELLA DE LA TARDE	71

BIBLIOTECA NACIONAL DE PANAMÁ



3 4189 00059 4297